

Mi abuela tenía setenta y dos años cuando falleció mi abuelo. Este poseía un pequeño taller de litografía en un pueblo de Baden, y en él trabajó con dos o tres ayudantes hasta su muerte. Mi abuela atendía el hogar sin criada, cuidaba del viejo y destartado caserón y cocinaba para los hombres y sus hijos.

Era una mujer pequeña y delgada, con un par de ojos vivarachos, de lagartija, pero de hablar muy lento. Con escasísimos medios había criado a cinco de los siete hijos que tuvo en total. Debido a ello se había ido consumiendo con los años.

Sus dos hijas mujeres emigraron a América, y dos de los hijos varones también se marcharon fuera. Sólo el menor, que era muy delicado de salud, se quedó en el pueblo. Llegó a ser impresor y tuvo una familia demasiado numerosa para él.

De modo que al morir mi abuelo, ella se quedó sola en casa.

Los hijos empezaron a escribirse cartas para decidir qué hacían con ella. Uno se ofreció a llevársela consigo, mientras que el impresor quería instalarse con los suyos en casa de la anciana. Pero la abuela rechazó ambas propuestas y sólo quiso aceptar una pequeña ayuda monetaria de los hijos que estuvieran en condiciones de brindársela. La venta del taller de litografía, caído en desuso hacía tiempo, no aportó prácticamente nada, y encima había deudas.

Los hijos le escribieron diciéndole que tampoco podía vivir del todo sola, pero al ver que persistía en su actitud, cedieron y empezaron a enviarle mensualmente algo de dinero. Después de todo, pensaron, el impresor se había quedado en el pueblo.

Y fue éste quien se encargó de enviar de vez en cuando a sus hermanos noticias de su madre. Sus cartas a mi padre, así como lo que éste logró averiguar durante una visita y tras el entierro de mi abuela, que murió dos años más tarde, me permiten hacerme una idea de lo que ocurrió en esos dos años.

Parece ser que, desde un principio, el impresor quedó muy decepcionado de que mi abuela se negara a acogerlo en el caserón, bastante grande y a la sazón vacío. Él, con cuatro hijos auestas, vivía en una casa de tres habitaciones. Pero la anciana sólo mantenía con él una relación muy libre. Invitaba a los niños a merendar los domingos por la tarde; eso era todo.

Visitaba a su hijo una o dos veces por trimestre y ayudaba entonces a su nuera a preparar mermelada de arándanos. Por ciertas cosas que decía la joven dedujo que la

vivienda del impresor le resultaba demasiado estrecha a su suegra. Y mi tío no pudo evitar poner un signo de admiración en su informe sobre el particular.

A una pregunta escrita de mi padre sobre lo que la anciana hacía en esos días, él respondió bastante escuetamente que iba al cine.

Hay que entender que eso no era nada normal, o, en cualquier caso, no lo era para sus hijos. Hace treinta años, el cine no era lo que es hoy. Iba asociado a locales miserables y mal ventilados, a menudo instalados en viejas boleras a cuya entrada había carteles chillones que anunciaban crímenes y tragedias pasionales. A decir verdad, al cine sólo iban adolescentes o, debido a la oscuridad, parejas de enamorados. Una anciana sola seguro que llamaba la atención.

Pero aún había algo más que considerar en el hecho de ir al cine. Las entradas eran, sin duda, baratas, pero como tal placer se situaba aproximadamente por debajo de las golosinas, equivalía a «dinero tirado». Y tirar el dinero no era algo respetable.

A ello se sumaba el que mi abuela no sólo no mantenía un contacto regular con el hijo que vivía en su pueblo, sino que tampoco visitaba ni invitaba a ninguno de sus conocidos. Jamás acudía a las tertulias locales. En cambio iba muy asiduamente al taller de un zapatero remendón en una callejuela pobre y hasta un tanto desacreditada, en la cual, sobre todo por la tarde, circulaban personajes no muy respetables que digamos: camareras sin trabajo y menestrales ambulantes. El remendón era un hombre de mediana edad que había rodado medio mundo sin abrirse jamás camino. También decían que era dado a la bebida. En cualquier caso, no era una compañía idónea para mi abuela.

El impresor insinuó en una de sus cartas que se lo había comentado a la anciana pero había recibido una respuesta francamente fría. «Es un hombre que ha visto mundo», fue la contestación que puso fin al diálogo. No era fácil discutir con mi abuela sobre temas que no le apetecía abordar.

Casi medio año después de la muerte del abuelo, el impresor escribió a mi padre que la abuela comía ahora un día sí y otro no en la fonda.

¡Vaya noticia! ¡La abuela, que durante toda su vida había cocinado para una docena de personas y había comido siempre las sobras, comía ahora en la fonda! ¿Qué mosca la había picado?

Poco después, mi padre hizo un viaje de negocios muy cerca del pueblo de mi abuela y fue a visitarla.

La encontró cuando se disponía a salir. Ella volvió a quitarse el sombrero y sirvió a su hijo un vaso de vino tinto y unas galletas. Parecía estar perfectamente ecuánime, ni

demasiado alegre ni demasiado taciturna. Preguntó por nosotros, aunque sin insistir mucho; quiso saber sobre todo si también había cerezas para los niños. En eso seguía siendo la misma. Su habitación se veía impecable, por supuesto, y ella misma tenía aspecto saludable.

El único detalle que aludía a su nueva vida fue que se negara a ir con mi padre al cementerio a visitar la tumba de su esposo. «Puedes ir solo», le dijo lacónicamente, «es la tercera de la izquierda en la fila doce. Yo tengo que hacer».

El impresor comentó más tarde que quizá tenía que ir a casa de su remendón. Se quejó amargamente.

«Yo vivo aquí, en este cuchitril, con mi familia, trabajo sólo cinco horas al día, y encima mal pagadas, y, para colmo, el asma vuelve a darme guerra y el caserón de la Hauptstrasse está vacío».

Mi padre había alquilado una habitación en la hostería, esperando que, siquiera por simple cumplimiento, su madre lo invitara a quedarse en la casa, pero ella ni mencionó el tema. ¡Y pensar que antes, aunque la casa estuviera llena de gente, la abuela siempre le había criticado que no viviera con ellos y encima gastara dinero en hoteles!

Pero ahora parecía haber roto definitivamente con su vida familiar para emprender nuevos rumbos, ahora que su existencia empezaba a declinar. Mi padre, que tenía una buena provisión de humor, la encontró «muy animada» y dijo a mi tío que dejara a la anciana hacer lo que le apeteciera.

Pero, ¿qué le apetecía?

La siguiente noticia que se tuvo de ella fue que había alquilado un break y se había ido de excursión un jueves cualquiera. Un break era un coche de caballos de grandes ruedas, con cabida para toda una familia. Muy ocasionalmente, cuando los nietos íbamos de visita, mi abuelo alquilaba un break. La abuela se quedaba siempre en casa. Rechazaba las invitaciones a pasear con un desdeñoso gesto de la mano.

Y tras lo del break vino el viaje a K., una ciudad más grande que, en ferrocarril, quedaba a unas dos horas del pueblo. Iban a celebrarse allí unas carreras de caballos, y a las carreras fue mi abuela.

El impresor estaba ya muy alarmado por entonces. Quería que la viese un médico. Mi padre meneó la cabeza al leer la carta, pero se opuso a la idea de llevarla a un médico.

La abuela no había viajado sola a K. Se había llevado consigo a una muchacha que, según escribió el impresor, era medio débil mental y trabajaba en la cocina de la fonda donde la anciana comía un día sí y otro no.

Aquella «subnormal» desempeñó a partir de entonces un papel en su vida.

La anciana parecía haberse encaprichado con ella. La llevaba al cine y a casa del remendón —que, por lo demás, resultó ser socialdemócrata—, y se rumoreaba que las dos mujeres se ponían a jugar a las cartas en la cocina, con un vaso de tinto por delante.

«Ahora le ha comprado a la subnormal un sombrero rematado por rosas», escribió un día el impresor, desesperado. «¡Y nuestra Anna no tiene vestidito de primera comunión!»

Las cartas de mi tío eran cada vez más histéricas; ya sólo hablaban del «indigno comportamiento de nuestra querida madre» y no decían nada más. El resto de la historia lo sé por mi padre.

El posadero le había susurrado con un guiño:

—A Frau B. le ha dado por divertirse, según dicen.

En realidad, mi abuela no vivió nada opulentamente esos últimos años. Cuando no iba a la fonda, su comida solía limitarse a un plato de huevos, un poco de café y, sobre todo, sus adoradas galletitas. Se agenciaba, en cambio, un vino tinto barato del que bebía un vasito con cada comida. Mantenía muy limpia toda la casa, y no sólo el dormitorio y la cocina, espacios que utilizaba normalmente. No obstante, sin que sus hijos se enterasen hipotecó el caserón. Nunca se supo qué hizo con el dinero. Parece que se lo dio al remendón, quien a la muerte de mi abuela se trasladó a otra ciudad y, según dicen, abrió un negocio más grande de calzado a medida.

Bien mirado, la anciana vivió dos vidas sucesivas. Una de ellas, la primera, como hija, esposa y madre, y la segunda simplemente como Frau B., una persona sola, sin obligaciones y de recursos modestos, pero suficientes. La primera vida duró aproximadamente seis decenios; la segunda, no más de dos años.

Mi padre se enteró de que, en sus últimos seis meses de vida, la abuela se permitió ciertas libertades que la gente normal desconoce totalmente. Así, por ejemplo, en verano solía levantarse a las tres de la madrugada y dar un paseo por las desiertas calles del pueblo, que de esa forma tenía para ella sola. Y, según afirmaban todos, al párroco que fue a visitarla con el propósito de acompañar a la anciana en su soledad ¡ella lo invitó al cine!

No estaba en absoluto sola. Por casa del remendón circulaba al parecer gente muy alegre, que contaba toda suerte de historias. Ella siempre tenía allí una botella de su propio vino tinto y se bebía un vasito mientras los demás contaban cosas y arremetían

contra las dignas autoridades locales. Aquel tinto le estaba reservado, aunque a veces traía bebidas más fuertes para los contertulios.

Murió repentinamente, una tarde de otoño, en su dormitorio, pero no en la cama, sino en su silla de madera, junto a la ventana. Había invitado a la «subnormal» al cine aquella noche, de suerte que la muchacha estaba a su lado cuando murió. Tenía setenta y cuatro años.

He visto una fotografía que le hicieron para sus hijos y la muestra en su lecho mortuario.

En ella se ve una carita menuda con muchas arrugas y una boca de labios finos, pero grande. Mucha pequeñez, mas ninguna mezquindad. Había saboreado plenamente los largos años de servidumbre y los breves años de libertad, consumiendo el pan de la vida hasta las últimas migajas.